LA NOCHEBUENA Á BORDO[1]

El 24 de Diciembre, al amanecer, divisamos por la proa las altas montañas de Venezuela, cuyos perfiles y tierras bajas iban delineándose, á medida que nos acercábamos, viéndose más tarde, con claridad, las que sirven de perfecto reconocimiento del puerto, y después la blanca mancha que denunciaba á la ciudad de la Guaira, en cuya rada fondeamos en ese mismo día, á las dos de la tarde. Pero como el fondeadero no es muy seguro, tomamos más precauciones que en otros puertos, filando larga cadena de las dos anclas de proa y del anclote ó *reguera* de popa; y después de echar abajo, en un *bilboleo,* la verga de juanete con su mastelero, y el de *escandalosa,* se barrió y *arranchó* la cubierta, y nos sentamos á celebrar la Nochebuena.

No hubiese sido, ciertamente, muy alegre aquella Nochebuena, si la alegría y contento, que son tan generales en esa fiesta tradicional, sólo dependiese de los manjares con que la mesa aparejada brinda; pero como es de sobra sabido, sin que nos metamos aquí á filosofar, que en tales fiestas de familia, lo que produce el mayor contento, es el cariño y el afecto sincero de los comensales, y la tranquilidad de conciencia y satisfacción que produce el deber cumplido, no extrañará á nadie que, nosotros, después de dedicar un recuerdo á nuestras familias, con la serenidad del que sufre la ausencia sin congoja, por considerarla efecto natural de la profesión adoptada; llenos del contento consiguiente á una feliz llegada al puerto de destino, y satisfechos de haber realizado las maniobras, pronto y bien, viésemos en aquellos dos platos de bacalao á la bizcaina y pescado fresco, y en aquel balde de vino, que el capitán nos envió desde popa y como extraordinario para la circunstancia, un banquete en regla; sin que se nos ocurrie-

(1) Del libra *Acaecimientos de un Diario de Navegación.*

ra, siquiera, compararle ni recordar otras mejores cenas, ni que pudiera nadie tenerlas. Baste decir, para que se forme una idea de la importancia (y no exagero, aunque, visto al través de los años y en otras circunstancias, así lo parezca) que dábamos á la cena de aquella noche, que antes de sentarnos á comer, no creyendo suficiente el lavado de manos de costumbre, hicimos aseo general, peinándonos con cuidado, vistiendo la mejor camiseta y la gorra más nueva, y derramando, sobre ropa y cuerpo, una gran parte de la indispensable botella de agua Florida, comprada en Puerto Rico; y que creyendo incurrir en delito de lesa-navidad, si cenábamos, como de costumbre, con el plato común, posado sobre la tosca cubierta, improvisamos con tablas y cajones viejos una mesa con sus bancos, y empezamos la función.

¡Era de ver, y sobre todo de oir, á las ocho de aquella noche, la tripulación *toda* del *Paquete de la Guaira!* Nadie se excedió en el vino hasta el punto de que hubiese *bajas;* (esto lo juro á fé de hombre honrado) pero lo que es *alegrillos,* lo estábamos todos, de botalón á botavara. Y como desahogo y manifestación ostensible de esa alegría, el capitán, el piloto y el agregado de popa, (era este agregado el joven señor Manso de Zúñiga que pagaba por hacer los viajes), sentados sobre el *saltillo,* junto á las semivacías botellas de espumantes y generosos vinos, *se la tiraban* de joviales brindis, entonando animados coros y sentimentales *solos* de *zortzikos* y de óperas serias; mientras que nosotros, los habitantes de *la cara de proa,* horizontalmente tendidos sobre el *castillo,* y al alcance el *pote* de lata, *escanciador* del vino contenido en el balde, ya casi vacío, desafinábamos mejor que cantábamos, *gritando* con algazara y con entusiasmo digno de mejores *orejas.*

A las once de la noche, cuando yo me tendí en el catre, casi dormido antes de desnudarme aún oía repetir por centésima vez, y con voces cada vez más roncas y destempladas, el popular *Pello Jōsepe,* que fué el *zortziko* que con más entusiasmo se cantó á proa.

JULIÁN DE SALAZAR.